

DOS. DON MILANI Y LA COMUNIDAD DE SANT'EGIDIO*

**[Surgieron como movimiento eclesial de jóvenes laicos y hoy, unos 50.000, están presentes en 60 países. Intervienen muy activamente por la paz, en paralelo a la política oficial, en países como Mozambique, Costa de Marfil, los Balcanes...]*



Tíscar Espigares
de la Comunidad de
Sant'Egidio (M) también
fue breve biógrafo de
Milani (en CCS,
Madrid 1995)

Un año después de la muerte de don Milani, empezaba en Roma en 1968 la Comunidad de Sant'Egidio. Desde sus comienzos, los jóvenes [estudiantes de instituto] de Sant'Egidio habían comprendido algo muy simple pero a la vez profundo: de la mano de los pobres se puede cambiar este mundo. Parecía una utopía para muchos, pero para ellos aquel sueño se había hecho realidad no lejos de sus casas: en Barbiana, en una aldea remota de la Italia cosmopolita de los años 60. Y el protagonista de aquella historia no había sido ni un político ni un gran intelectual, sino un cura de pueblo que había tomado en serio a los pobres, a los niños que vivían al margen de la sociedad. En Barbiana don Milani soñó con que los últimos fueran los primeros, y no sólo, sino además, que de los últimos se podía aprender mucho, en primer lugar a ser diferentes, a ser mejores. Lorenzo Milani había vuelto a mostrar al mundo que las revoluciones parten de la periferia, de Barbiana, como antes habían venido de Belén y Nazaret; y que esta revolución impulsada por el amor se podía seguir repitiendo en nuestros días.

Siempre nos impresionó aquel amor persistente de D. Milani por sus chicos, un amor contra todo pronóstico en muchos casos, un amor insistente en querer lo mejor para ellos, a pesar de todo. De alguna manera la escuela de Barbiana ha sido para todos nosotros una escuela donde hemos aprendido a luchar por los últimos y a soñar por ellos cuando ellos ni siquiera podían.

Sant'Egidio empezó su trabajo por los pobres a partir de

los niños de una barriada de chabolas de Roma, el Cinodromo, con una Escuela Popular, donde se estudiaba, se jugaba y se hacían amigos. Con los años, estas escuelas se han multiplicado en todo el mundo, desde África a Europa, desde Asia a América.

Actualmente, más de 30.000 niños de todo el mundo asisten a nuestras escuelas, hoy llamadas "Escuelas de la paz"; niños que sufren marginación social, fracaso escolar, trabajo precoz y a veces el abandono de la familia y son víctimas de explotación y violencias de todo tipo. En las "Escuelas de la paz" cada niño es importante, es especial, y a cada uno se le ayuda con cariño a conseguir un futuro diferente. Hoy, muchos de los niños que crecieron en ellas ayudan a otros pequeños que se encuentran como ellos hace algunos años.

Dando la mano a un niño han comenzado nuestras comunidades en Madrid y Barcelona, como en el resto del mundo. Hacerse amigos, padres, madres o hermanos mayores de un niño, ha sido el inicio de un camino que ha llegado incluso a llevar la paz a algunos países de África y a conseguir que hubiera una primera generación de niños sin miedo al ruido de las armas, como en Mozambique. De la mano de un niño hemos comprendido la necesidad de tratar el

SIDA y evitar que los recién nacidos sufrieran esta enfermedad. De la mano de un niño nos hemos dado cuenta de la necesidad de acoger a los inmigrantes y de ayudarles a crecer con nosotros; y también de la importancia de superar las barreras que sufren los niños gitanos.

Quizá D. Milani nunca lo imaginó, pero su vida, su legado, ha cuidado también de la vida de muchos pequeños, millares en todo el mundo, y ha ayudado también a que muchos comprendiéramos que el amor por los pobres puede superar todas las barreras, incluso las que pensamos que son imposibles ■

